

Miguel León-Portilla

*Antología. De Teotihuacán a los aztecas
Fuentes e interpretaciones históricas*

Segunda reimpresión 1977

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

Colegio de Ciencias y Humanidades

1977

614 p.

Ilustraciones, mapas, texto

Lecturas Universitarias, 11

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 5 de marzo de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/teotihuacan_aztecas/132.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



CAPÍTULO II



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

II. SIGNIFICACIÓN DE LOS AZTECAS EN EL MÉXICO ANTIGUO

El interés principal del capítulo anterior fue examinar las imágenes históricas propuestas por distintos investigadores que no pudieron disponer de iguales fuentes de información. Nuestro propósito es ahora atender de modo más directo —a través de los ejemplos que aquí se aducirán— a los que pueden describirse como problemas específicos de comprensión en el campo de la historia. No se trata ya, por consiguiente, de cuestiones relacionadas con las formas como se estableció una periodificación en el pasado o con el descubrimiento de las fuentes para precisar la identidad de grupos distintos. La intención es analizar aquí los criterios que llevaron a atribuir determinada significación a una realidad cultural previamente conocida hasta cierto punto.

A no dudarlo, quienes se han ocupado de la etapa azteca tuvieron a su alcance mayores posibilidades de información. La razón de esto parece clara: el estado azteca era una entidad con rica pujanza al tiempo de la conquista. De hecho algunos de los soldados españoles, convertidos en cronistas, consignaron en sus obras lo que vieron en México-Tenochtitlan y en otros lugares del mundo azteca. Los textos indígenas son también muy abundantes. Además, en la investigación arqueológica de la región central, los elementos de cultura azteca son frecuentes y aparecen como algo cuya existencia podía suponerse.

Estas innegables ventajas, por lo que toca a la riqueza de testimonios, explican por qué este período ha sido objeto, más que otros, de la atención de numerosos investigadores. Algunos de éstos han podido asimismo interesarse más hondamente, no ya sólo en consignar y precisar hechos del pasado azteca sino en buscar, en relación con él, auténticas formas de significación. Quienes se han ocupado de esto se han planteado cuestiones como las siguientes: ¿Eran realmente los aztecas, antes de penetrar en el valle de México, un grupo de nómadas desprovistos de elementos de alta cultura? ¿O más bien debe decirse que, por sus anteriores contactos con otros pueblos como los de origen tolteca, habían participado ya de algún modo en la civilización mesoamericana?

Hay igualmente posibles problemas de comprensión en el ciclo de testimonios sobre la peregrinación azteca desde Chicomóztoc y Aztlan y luego ya en el valle de México, sobre todo en Cha-

pultepec y Culhuacán, hasta que ocurrió la realización del portentoso, proféticamente anunciado, del águila que apareció devorando la serpiente. Y pueden plantearse otras muchas cuestiones en torno al tema de la significación histórica de este pueblo: ¿Cómo se llevó a cabo la asimilación de otros elementos culturales a partir de su establecimiento en Tenochtitlan? ¿De qué modo cabe explicar la victoria que éstos alcanzaron, al lado de los tetzcocanos, sobre los antiguos señores de Azcapotzalco? ¿Cuál fue el nuevo sentido que dieron a no pocos de los antiguos mitos y conceptos religiosos que, al parecer, eran asimismo herencia de otros pueblos de la región central? ¿Cómo alcanzaron luego a convertirse en dominadores de una vasta porción de Mesoamérica?

Y a propósito de la que a veces se ha llamado su actitud místico-guerrera, también es posible ahondar en la búsqueda de significación: ¿fueron los aztecas —entre quienes tanto proliferaron los ritos del sacrificio humano— una versión última y decadente de la antigua grandeza teotihuacana y tolteca? O, por el contrario, ¿deben considerarse como el pueblo que logró mayor desarrollo en Mesoamérica? Y a todo esto podrían añadirse los interrogantes acerca del porqué de su final derrota frente a los conquistadores españoles. Muchos son ciertamente los puntos de vista desde los cuales cabe interpretar la realidad cultural del que se ha llamado “Pueblo del sol”.

De acuerdo con el método que nos hemos fijado, se transcriben también en este capítulo algunos testimonios dejados por los mismos aztecas y por otros cronistas para dar lugar después a la presentación de las páginas de varios historiadores que se han ocupado en esclarecer muy diversos aspectos de la significación de los mexicas en Mesoamérica. La valoración que, de sus diferentes opiniones, puede hacer el lector será acercamiento a problemas específicos de comprensión en el campo de los estudios históricos.



FUENTES PRIMARIAS

1) ALGUNOS TEXTOS INDÍGENAS SOBRE EL PASADO AZTECA

Más que nada son abundantes los textos indígenas acerca de la historia y las instituciones culturales del periodo azteca. La prepotencia que llegó a tener el Pueblo del sol en Mesoamérica da la mejor explicación de este hecho. Quien se interese por ahondar en la significación que tuvo la realidad cultural de los aztecas deberá acudir no sólo a los hallazgos de la arqueología sino a los códices indígenas y a los textos que en idioma náhuatl se conservan. Y a estas fuentes deben sumarse también en ocasiones las crónicas e historias de autores, principalmente españoles, del siglo XVI.

A modo de muestra de la rica documentación que existe en lengua náhuatl se transcriben aquí distintos textos vertidos de ese idioma, a través de los cuales parece posible encaminar un estudio de lo que significaron los aztecas en el contexto del mundo mesoamericano.

a) *Conciencia de la historia entre los aztecas*

(Tezozómoc: Crónica Mexicáyotl)

Así lo vinieron a decir,
así lo asentaron en su relato,
y para nosotros lo vinieron a dibujar en sus papeles
los ancianos, las ancianas.
Eran nuestros abuelos, nuestras abuelas,
nuestros bisabuelos, nuestras bisabuelas,
nuestros tatarabuelos, nuestros antepasados,
se repitió como un discurso su relato,
nos lo dejaron,
y vinieron a legarlo
a quienes ahora vivimos,
a quienes salimos de ellos.
Nunca se perderá, nunca se olvidará,
lo que vinieron a hacer,
lo que vinieron a asentar en las pinturas:
su renombre, su historia, su recuerdo.
Así en el porvenir



jamás perecerá, jamás se olvidará,
siempre lo guardaremos.
Nosotros, hijos de ellos, los nietos,
hermanos, bisnietos, tataranietos, descendientes,
quienes tenemos su sangre y su color,
lo vamos a decir, lo vamos a comunicar,
a quienes todavía vivirán, habrán de nacer,
los hijos de los mexicas, los hijos de los tenochcas.
Y esta relación la guardó Tenochtitlan,
cuando vinieron a reinar todos los grandes,
estimables ancianos, los señores y reyes tenochcas.
Pero, Tlatelolco
nunca nos la quitará,
porque en verdad no es legado suyo.
Esta antigua relación pintada en los códices,
nos la dejaron en México
para ser aquí guardada. . .
Aquí, tenochcas, aprenderéis cómo empezó
la renombrada, la gran ciudad,
México-Tenochtitlan,
en medio del agua, en el tular,
en el cañaveral, donde vivimos,
donde nacimos,
nosotros los tenochcas.¹

b) *La peregrinación azteca*

(*Códice Matritense de la Real Academia de la Historia*)

Pero los aztecas por allá anduvieron caminando,
iban a buscar tierras. . .
Cuánto tiempo en las llanuras anduvieron,
ya nadie lo sabe.
Y cuando se volvieron los mexicas,
su dios les habló, les dijo:
—“Id, volveos
al lugar de donde habéis venido.”
En seguida, los aztecas comenzaron a venir hacia acá,
existen, están pintados,
se nombran en lengua azteca

¹ *Crónica Mexicáyotl*, texto náhuatl y traducción de A. León. Instituto de Historia, Imprenta Universitaria, México, 1949, pp. 4-6.

los lugares por donde vinieron pasando los mexicas.
Y cuando vinieron los mexicas,
ciertamente andaban sin rumbo,
vinieron a ser los últimos.

Al venir,
cuando fueron siguiendo su camino,
ya no fueron recibidos en ninguna parte.
Por todas partes eran reprendidos.

Nadie conocía su rostro.
Por todas partes les decían:

—“¿Quiénes sois vosotros?

¿De dónde venís?”

Así en ninguna parte pudieron establecerse,
sólo eran arrojados,
por todas partes eran perseguidos...

Y allí en Chapultepec,
allí comenzaron a ser combatidos los mexicas,
se les hizo la guerra.

Y por eso luego se pasaron los mexicas a Culhuacán...²

c) *Los aztecas en Chapultepec y profecía sobre México-Tenochtitlan*

(Chimalpahin Cuauhtlehuanitzin: *Segunda Relación*)

Y también en el año que así se nombra, cuando ya tenían un año de estar en Chapultepec los mexicas, se vieron éstos en extremo afligidos. Diversos señores de los tecpanecas les hicieron entonces la guerra en el interior de la llanura. Y cuando se hizo la guerra, mal pudieron hacerla los mexicas.

Por esto, en seguida dijeron los texcaltepecas, los malinalcas y los de Toluca:

—¡De noche habremos de dar muerte a los mexicas, porque son gente muy esforzada!

Pero el ofrendador del fuego, Tenochtli, cuando supo esto, en seguida dijo al sacerdote, al cargador del dios, Cuauhtlequetzqui:

—¡En verdad, oh Cuauhtlequetzqui, dizque han dicho que habremos de morir ahora, nosotros los mexicas; dizque así lo dijo el hechicero Cópil, el que tiene su casa en Texcaltépec, el ma-

² *Códice Matritense de la Real Academia de la Historia*, fol. 196 v. y 197 r.

linalca, y dizque los de Toluca habrán de venir a caer sobre nosotros!

A esto, en seguida respondió Cuauhtlequetzqui, con voz fuerte dijo:

—¡Yo, yo también soy hechicero, así he de vigilar, en verdad aquí vigilo, nuestro monte, nuestro lugar de residencia, en Chapultepec!

Y en verdad pronto vino a salir durante la noche el hechicero Cópil; consigo traía a la doncella de nombre Xicomoyáhuatl. Allí se encontraron para hacerse la guerra, ocultos se persiguieron en Tepetzinco, en el lugar del montecillo. Entonces con su mano Cuauhchollohua, o sea Cuauhtlequetzqui, vino a caer sobre el hechicero Cópil, se adueñó de él, en seguida le dio muerte. Cuando Cuauhtlequetzqui dio muerte al nombrado hechicero Cópil, de sus entrañas, de donde aún había calor, con un pedernal le sacó su corazón. Y en seguida Cuauhtlequetzqui llamó al ofrendador del fuego, a Tenochtli, le dijo:

—¡Ven, oh Tenochtli, he aquí el corazón del hechicero Cópil; le he dado muerte, ve a sembrarlo entre los tulares, entre los cañaverales!

Luego cogió Tenochtli el corazón y se puso a correr, allá fue a sembrarlo entre los tulares, entre los cañaverales. . .

Y al lugar donde fue muerto Cópil, en Tepetzinco, ahora se le llama Acopilco: el sitio del agua de Cópil.

A la doncella que traía consigo Cópil, a la nombrada Xicomoyahualtzin, en seguida la tomó, la hizo su mujer Cuauhtlequetzqui. Ella fue la madre de Cohuatzontli. Y cuando hubo sembrado Tenochtli el corazón de Cópil, hizo luego ofrecimiento de fuego delante de Huitzilopochtli.

Luego, una vez más, habló Cuauhtlequetzqui, dijo a Tenochtli:

—Si ya por largo tiempo aquí hemos estado, ahora tú irás a ver allá, entre los tulares, entre los cañaverales, donde tú fuiste a sembrar el corazón del hechicero Cópil, como hubo de hacerse la ofrenda, según me ordenó nuestro dios Huitzilopochtli. Allí habrá germinación del corazón de Cópil. Y tú, tú irás, tú, Tenochtli, irás a ver allá cómo ha germinado el tunal, el *tenochtli*, del corazón de Cópil. Allí, encima de él, se ha erguido el águila, está destrozando, está desgarrando a la serpiente, la devora. Y el tunal, el *tenochtli*, serás tú, tú, Tenochtli. Y el águila que tú verás, seré yo. Esta será nuestra fama: en tanto que dure el mundo, así durará el renombre, la gloria, de México-Tenochtitlan.

Esto sucedió cuando era señor de los mexicas Huitzilíhuítl el viejo. . .³



d) *Quema de códices ordenada por los aztecas*

(*Códice Matritense de la Real Academia*)

Quando los aztecas lograron ya su independencia, después de su victoria sobre los tecpanecas de Azcapotzalco, hacia 1428, empezaron a dar un nuevo sentido a su organización y a su historia. Entre otras cosas, se determinó entonces quemar antiguos libros de pinturas porque en ellos la figura del pueblo azteca no ostentaba la importancia que debía tener. Implícitamente se tomó a la historia como instrumento de dominación.

Se guardaba su historia.

Pero, entonces fue quemada:
cuando reinó Itzcóatl, en México.

Se tomó una resolución,

los señores mexicas dijeron:

no conviene que toda la gente
conozca las pinturas.

Los que están sujetos [el pueblo]

se echarán a perder

y andará torcida la tierra,

porque allí se guarda mucha mentira.

y muchos en ellas han sido tenidos por dioses.⁴

e) *Un himno en el que se exalta la grandeza del pueblo azteca*

(*Cantares mexicanos*)

Haciendo círculos de jade está tendida la ciudad,
irradiando rayos de luz, cual pluma de quetzal, está aquí México:
junto a ella son llevados en barcas los príncipes:
sobre ellos se extiende una florida niebla.

¡Es tu casa, Dador de la vida, reinas tú aquí:

en Anáhuac se oyen tus cantos,

sobre los hombres se extienden!

Aquí están en México los sauces blancos,

⁴ Informantes indígenas de Sahagún. *Códice Matritense de la Real Academia*. vol. VIII. fol. 192 v.



aquí las blancas espadañas:
tú, cual garza azul, extiendes tus alas volando,
tú las abres y embelleces a tus siervos.
El revuelve la hoguera,
da su palabra de mando
hacia los cuatro rumbos del universo.
¡Hay aurora de guerra en la ciudad! ⁵

f) *●tro cantar, afirmación de la gloria y del poderío de los aztecas*

Desde donde se posan las águilas,
desde donde se yerguen los tigres,
el Sol es invocado.
Como un escudo que baja,
así se va poniendo el Sol.
En México está cayendo la noche,
la guerra merodea por todas partes,
¡oh Dador de la vida!
se acerca la guerra.
Orgullosa de sí misma
se levanta la ciudad de México-Tenochtitlan.
Aquí nadie teme la muerte en la guerra.
Esta es nuestra gloria.
Este es tu mandato.
¡Oh, Dador de la Vida!
Tenedlo presente, oh príncipes,
no lo olvidéis.
¿Quién podrá sitiar a Tenochtitlan?
¿Quién podrá conmover los cimientos del cielo...?
Con nuestras flechas,
con nuestros escudos,
está existiendo la ciudad.
¡México-Tenochtitlan subsiste! ⁶

⁵ *Colección de cantares mexicanos*, Biblioteca Nacional de México, fol. 22 v.

⁶ *Colección de cantares mexicanos*, Biblioteca Nacional de México, fol. 19 v. y 20 r.

MONUMENTOS ARQUEOLÓGICOS DEL PERIODO AZTECA

Las investigaciones que se han llevado a cabo en distintos lugares de la región central de México y en otros sitios más apartados dentro de Mesoamérica permiten conocer algo de lo que fueron las creaciones de los mexicas, principalmente su arquitectura religiosa y en general el rico conjunto de su arte. La difusión de elementos de procedencia azteca en zonas muy distantes ayuda además a inferir cuáles fueron las proporciones que alcanzó su comercio y los contactos culturales que llegaron a establecer con pueblos muy distintos.

En lo que hoy es el centro de la ciudad de México han tenido lugar descubrimientos arqueológicos que merecen especial consideración. Pueden recordarse los hallazgos, durante el último tercio del siglo XVIII, de la llamada Piedra del Sol o Calendario Azteca así como de la colosal escultura de Coatlicue. También deben mencionarse las excavaciones que, desde 1915, se llevaron a cabo en la zona donde estuvo edificado el templo mayor de Tenochtitlan. Finalmente parece pertinente recordar que, con motivo de los trabajos para la construcción del ferrocarril subterráneo de la moderna capital, fueron muchos los descubrimientos arqueológicos que se lograron.

*Ante la imposibilidad de ofrecer un elenco de lo que ha sido la arqueología en relación con el periodo azteca, optamos por incluir aquí algunas páginas del trabajo del arquitecto Ignacio Marquina, *El templo mayor de México*.⁷ En ellas se recuerda brevemente la serie de principales investigaciones que permiten valorar algunos de los vestigios de la arquitectura y del arte en general de los aztecas.*

Importante fuente de información consiste en la exploración y el estudio de los monumentos arqueológicos que en este caso son los que quedaron de la misma ciudad de Tenochtitlan, los de Tlatelolco, que era parte de ella, y los directamente relacionados con ellos, por pertenecer a monumentos de sus antecesores directos, como los de Tula y Tenayuca, o que se construyeron en la

⁷ Ignacio Marquina, *El templo mayor de México*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1960, pp. 18-20.

misma época en lugares que dependían de México, como Calixtlahuaca, Malinalco y Huatusco.

Las exploraciones más importantes para conocer cómo fue el templo mayor son, sin duda, las que se han hecho en el mismo lugar en que se levantaba pues, por mucho que se destruyó la ciudad, siempre quedaron algunos restos de las estructuras interiores de los templos debido, en gran parte, a la práctica seguida por los indios, de reconstruir periódicamente los edificios sin destruir los anteriores que quedaban como núcleo de los nuevos.

Entre las exploraciones hechas en la ciudad, podemos citar las de Batres ⁸ en la calle de Guatemala (Escalerillas), cuando, con motivo de las obras de saneamiento de la ciudad, se hicieron en esta calle grandes excavaciones para colocar colectores. Los restos de edificios se encontraron a una profundidad de 2 a 4.50 metros, bajo el nivel de la calle; además de numerosos objetos aparecieron parte de basamentos, escaleras y otros restos, de los que nos ocuparemos en su oportunidad.

Después de algún tiempo, en 1915, se demolieron las casas que ocupaban la esquina de las calles de Guatemala (Santa Teresa) y Seminario y, aprovechando esta oportunidad, el Dr. Manuel Gamio ⁹ hizo una gran excavación en la que aparecieron los restos de varias estructuras sobrepuestas que, como veremos después, corresponden a periodos de reconstrucción de la pirámide principal y que vinieron a comprobar cuál era su verdadera situación.

Años después, el arquitecto Emilio Cuevas, ¹⁰ del Departamento de Monumentos, hizo una exploración enfrente de las anteriores, entre la calle del Seminario y el lado oriente de la Catedral, y encontró restos de una escalinata, piedras labradas y una gran escultura de piedra, semejante a la Coatlicue que, por llevar corazones en la falda, en lugar de serpientes, se ha llamado Yolocticue. Han aparecido, además, restos de escalinatas en la parte posterior de la Catedral, en su atrio, en el patio de la actual Secretaría de Economía, esquina de Argentina (antes calle del Reloj) y Donceles; restos de un gran edificio en la esquina de las calles de San Ildefonso y Argentina, y en la de Guatemala (antes Escalerillas) varios atlantes de tipo tolteca, que seguramente sostuvieron un altar.

En Tlatelolco, en que según todas las noticias existía un Templo igual al de Tenochtitlan, también se han hecho importantes excavaciones por el Dr. Pablo Martínez del Río y los profesores Rafael García Granados y Antonieta Espejo, ¹¹ en este

⁸ *Exploraciones Arqueológicas en la Calle de las Escalerillas*, Leopoldo Batres, año 1900.

⁹ *Ethnos*, Tomo I, Núms. 8 a 12, p. 205.

¹⁰ *Anales del Museo Nacional de Historia y Etnografía*, Tomo I, 1934.

¹¹ *Tlatelolco a Través de los Tiempos*, 12 Tomos, México 1944-1956.



Lápida de la dedicación del templo mayor: año 8-Ácatl. 1487. Museo Nacional de Antropología.

caso, una gran parte del terreno frente a la iglesia de Santiago se encontraba libre de construcciones, por lo que la exploración fue más fácil y demostró que, como en Tenochtitlan, se conservaban restos de las diversas estructuras sobrepuestas, que se pudieron explorar en mayor extensión por no estar cubiertas por construcciones más recientes.

Se obtuvieron datos muy importantes para nuestro objeto, pues se conservan los cuerpos de las pirámides y las escalinatas en una gran extensión; además, quedó demostrado que estas estructuras son idénticas en forma, en medidas y en los materiales de construcción usados, a las de la pirámide de Tenayuca, lo que permite comprenderlas mejor, pues Tenayuca está más bien conservada.

Tenayuca fue estudiada y explorada con todo detalle por el Ing. José Reygadas Vértiz y por el Arq. Ignacio Marquina¹² y numerosos especialistas estudiaron el monumento en todos sus aspectos; pertenece a la época inmediata anterior a la fundación de Tenochtitlan y posterior a las construcciones de Tula, y su desarrollo coincidió en sus últimos tiempos, cuando dejó de ser la capital chichimeca, que se trasladó a Texcoco, con la época del desarrollo de Tenochtitlan, por lo que muchos de sus elementos mejor conservados y estudiados han sido utilizados en la reconstrucción.

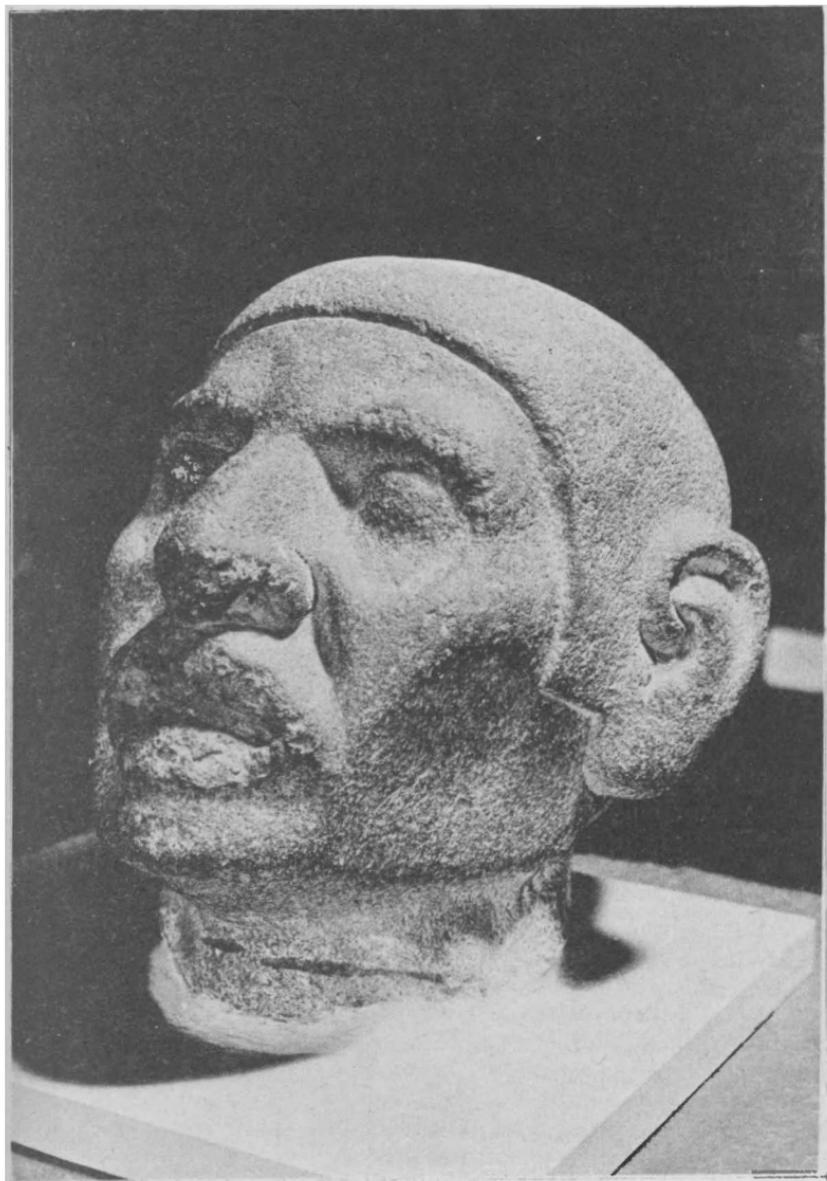
Además de estas exploraciones, el Instituto Nacional de Antropología e Historia ha llevado a cabo algunas otras en lugares que estuvieron bajo el dominio mexicano, entre éstas se pueden citar: las del monumento de Teopanzolco,¹³ cerca de la ciudad de Cuernavaca, que tiene las mismas características de los monumentos aztecas, las que realizó el Arqueólogo José García Payón en Calixtlahuaca¹⁴ lugar cercano a Toluca, que fue conquistado por Axayácatl y quedó sujeto a los mexicanos; Malinalco, también explorado por García Payón, que fue conquistado también por Axayácatl y permaneció bajo el dominio de los mexicanos hasta la época de la conquista en que fue ocupado por Andrés de Tapia; Huatusco (Quauhtochco) conquistado por Moctezuma Ilhuicamina en 1450, según la piedra de Escamela, y sometido después de una rebelión en 1474 por Axayácatl...¹⁵

¹² *Tenayuca Estudio Arqueológico de la Pirámide*, Departamento de Monumentos, Secretaría de Educación Pública, 1935.

¹³ *Arquitectura Prehispánica*, I. Marquina, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1951.

¹⁴ *Tecaxix-Calixtlahuaca*, J. García Payón, Departamento de Monumentos S. E. P., México, 1936.

¹⁵ *Exploraciones en Quauhtochco*, A. Medellín Zenil, Departamento de Antropología, Jalapa, Ver., 1945.



Cabeza de hombre muerto. Escultura azteca. Museo Nacional de Antropología.

3) HALLAZGOS DE ADORATORIOS AZTECAS EN TENOCHTITLÁN

J. Gussinyer ¹⁶

De entre los múltiples descubrimientos hechos con motivo de la construcción del ferrocarril subterráneo o “Metro” de la ciudad de México, destaca un conjunto de pequeñas estructuras de carácter religioso, en particular un templo dedicado a Ehécatl Quetzalcóatl. Copiamos aquí el informe presentado a este respecto por el arqueólogo J. Gussinyer que tuvo a su cargo los trabajos relacionados con estos monumentos.

Conjunto de adoratorios superpuestos en Pino Suárez

Al efectuar cualquier estudio de arqueología sobre la antigua capital de los aztecas, llama la atención la abundancia de ciertos elementos culturales y la casi total ausencia de otros. Así, por ejemplo, la cerámica es muy abundante en cualquiera de sus manifestaciones; la escultura en piedra cuenta con bastantes piezas, muchas de ellas de gran calidad artística, y lo mismo podría decirse de alguna otra manifestación de la cultura de los antiguos mexicanos. Sin embargo, no ocurre lo mismo con la arquitectura, cuya ausencia se hace muy notoria, debido seguramente a la sistemática destrucción llevada al cabo por los conquistadores, quienes sólo dejaron las descripciones de la ciudad prehispánica por ellos contemplada, y de la cual casi nada subsiste en la actualidad.

Dada la escasez de restos arquitectónicos de la época azteca en general, y de la ciudad de Tenochtitlan en particular, los hallazgos de Pino Suárez, a poca distancia del gran centro ceremonial de la ciudad, son importantes, puesto que comienzan a llenar un hueco. Empiezan a aclararnos, junto con los de Tlatelolco, Tenayuca y otros lugares cercanos a la gran ciudad, las características exactas de su arquitectura; para conocer la cual sólo existían débiles bases arqueológicas.

¹⁶ J. Gussinyer, “Hallazgos en el Metro, conjunto de adoratorios superpuestos en Pino Suárez”, *Boletín del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, N° 36. México, Junio 1969, pp. 33-37.



Coatlícue. Descubierta al hacerse las excavaciones del "Metro". Escultura azteca. Museo Nacional de Antropología.

Desde que empezaron los trabajos de excavación en la zona de las calles de Pino Suárez y José María Izazaga, para construir la estación Pino Suárez del “Metro”, aparecieron estructuras prehispánicas que, con el avance de las obras, se comprobó que pertenecían a un extenso centro ceremonial. De entre ellas cabe destacar, por su importancia arqueológica y arquitectónica, un conjunto de pequeños adoratorios superpuestos y perfectamente conservados, que afortunadamente permanecerán *in situ*, como un elemento decorativo y cultural en el vestíbulo general de dicha estación.

Desde el punto de vista arquitectónico, estas pequeñas estructuras formaban parte de un conjunto bien definido dentro de lo que fuera el centro ceremonial. Estaban colocadas casi al centro de un amplio patio hundido que corría en dirección este-oeste, y su situación no fue escogida al azar, puesto que formaban una verdadera unidad con el resto de los elementos arquitectónicos que componían el pequeño conjunto.

El patio, de buenas proporciones, tenía escalinatas en tres de sus lados (norte, este y oeste), y pequeñas celdas de habitación a todo su alrededor, las cuales se comunicaban entre sí por medio de un paso exterior. Por el lado norte se unía el pequeño conjunto a una gran plataforma que se extendía en dicha dirección. Debe hacerse notar que este esquema de distribución alrededor de los pequeños adoratorios, se repitió a través de todas las superposiciones que se pudieron comprobar, salvo pequeñas modificaciones que en ningún caso alteran el esquema general. . .

Junto con las estructuras, hay que hacer mención especial del conjunto de ofrendas que se hallaron relacionadas con ellas y que, en algunos casos, resultaron ser muy importantes. Muchas fueron las que se encontraron relacionadas con los adoratorios y colocadas al pie de las escalinatas que les daban acceso; de ellas la más importante es, sin lugar a dudas, la escultura del dios Ehécatl colocado debajo del arranque de la escalinata de la estructura circular, lo que demuestra que el adoratorio estaba dedicado a este dios. Se trata de una buena pieza en piedra —roca andesítica—, que representa a la deidad en la figura de un ozomatli [mono], con la máscara bucal del dios. Los restos de policromía (la máscara en color rojo y el resto del cuerpo negro, con zonas de rojo y verde), el movimiento que tiene toda ella y su perfecta ejecución, la convierten en una pieza muy importante de la escultura de su época. La escultura del dios Ehécatl, junto con el perfecto estado de conservación de la estructura a él dedicada, hacen de este conjunto uno de los hallazgos más afortunados llevados a cabo hasta la fecha en las obras del rescate arqueológico del “Metro”.

4) TESTIMONIOS DE CONQUISTADORES QUE CONTEMPLARON ALGO DE LA REALIDAD DEL MUNDO AZTECA

Aunque en menor grado que las fuentes indígenas y los hallazgos de la arqueología, también los testimonios de algunos de los conquistadores hispanos, aportan elementos dignos de tomarse en cuenta en cualquier intento de evaluar la significación cultural de los fundadores de México-Tenochtitlan. Parece conveniente, por tanto, llamar la atención del lector sobre este punto. Con este fin incluimos aquí algunas páginas tomadas de las Cartas de Relación de Hernán Cortés, de la Historia verdadera de la conquista de la Nueva España por Bernal Díaz del Castillo, de la Relación de Andrés de Tapia, de la Crónica que escribió Francisco de Aguilar, al igual que de las noticias que consignó el que se conoce como el Conquistador anónimo.

a) *Un testimonio de Hernán Cortés*¹⁷

De la segunda carta de relación que dirigió Hernán Cortés a Carlos V, fechada el 30 de octubre de 1520, procede la descripción, que en seguida transcribimos, de “la gran cibdad de Temixtitán”. Superfluo resulta ponderar la importancia que puede concederse a esta pintura que esbozó Cortés de la ciudad, antes de su asedio y final destrucción.

Porque para dar cuenta, muy poderoso señor, a vuestra real excelencia, de la grandeza, extrañas y maravillosas cosas de esta gran ciudad de Temixtitán, del señorío y servicio de este Mutezuma, señor de ella, y de los ritos y costumbres que esta gente tiene, y de la orden que en la gobernación; así de esta ciudad como de las otras que eran de este señor, hay, sería menester mucho tiempo y ser muchos relatores y muy expertos; no podré

¹⁷ Hernán Cortés, *Cartas y documentos*, Introducción de Mario Hernández Sánchez-Barba, México, Editorial Porrúa, 1963, pp. 71-76.

yo decir de cien partes una, de las que de ellas se podrían decir, mas como pudiere diré algunas cosas de las que vi, que aunque mal dichas, bien sé que serán de tanta admiración que no se podrán creer, porque los que acá con nuestros propios ojos las vemos, no las podemos con el entendimiento comprender. Pero puede vuestra majestad ser cierto que si alguna falta en mi relación hubiere, que será antes por corto que por largo, así en esto como en todo lo demás de que diere cuenta a vuestra alteza, porque me parecía justo a mi príncipe y señor, decir muy claramente la verdad sin interponer cosas que la disminuyan y acrecienten.

Antes que comience a relatar las cosas de esta gran ciudad y las otras que en este capítulo dije, me parece, para que mejor se puedan entender, que débese decir la manera de México, que es donde esta ciudad y algunas de las otras que he hecho relación están fundadas, y donde está el principal señorío de este Mutezuma. La cual dicha provincia es redonda y está toda cercada de muy altas y ásperas sierras, y lo llano de ella tendrá en torno hasta setenta leguas, y en el dicho llano hay dos lagunas que casi lo ocupan todo, porque tienen canoas en torno más de cincuenta leguas. Y la una de estas dos lagunas es de agua dulce, y la otra, que es mayor, es de agua salada. Divídelas por una parte una cuadrillera pequeña de cerros muy altos que están en medio de esta llanura, y al cabo se van a juntar las dichas lagunas en un estrecho de llano que entre estos cerros y las sierras altas se hace. El cual estrecho tendrá un tiro de ballesta, y por entre una laguna y la otra, y las ciudades y otras poblaciones que están en las dichas lagunas, contratan las unas con las otras en sus canoas por el agua, sin haber necesidad de ir por la tierra. Y porque esta laguna salada grande crece y mengua por sus mareas según hace la mar todas las crecientes, corre el agua de ella a la otra dulce tan recio como si fuese caudaloso río, y por consiguiente a las menguantes va la dulce a la salada.

Esta gran ciudad de Temixtitan está fundada en esta laguna salada, y desde la tierra firme hasta el cuerpo de la dicha ciudad, por cualquiera parte que quisieren entrar a ella, hay dos leguas. Tiene cuatro entradas, todas de calzada hecha a mano, tan ancha como dos lanzas jinetas. Es tan grande la ciudad como Sevilla y Córdoba. Son las calles de ella, digo las principales, muy anchas y muy derechas, y algunas de éstas y todas las demás son la mitad de tierra y por la otra mitad es agua, por la cual andan en sus canoas, y todas las calles de trecho a trecho están abiertas por do atraviesa el agua de las unas a las otras, y en todas estas aberturas, que algunas son muy anchas, hay sus puentes de muy anchas y muy grandes vigas, juntas y recias y bien labradas, y tales, que por muchas de ellas pueden pasar diez de a caballo juntos a la par. Y viendo que si los naturales de esta

ciudad quisiesen hacer alguna traición, tenían para ello mucho aparejo, por ser la dicha ciudad edificada de la manera que digo, y quitadas las puentes de las entradas y salidas, nos podrían dejar morir de hambre sin que pudiésemos salir a la tierra. Luego que entré en la dicha ciudad di mucha prisa en hacer cuatro bergantines, y los hice en muy breve tiempo, tales que podían echar trescientos hombres en la tierra y llevar los caballos cada vez que quisiésemos.

Tiene esta ciudad muchas plazas, donde hay continuo mercado y trato de comprar y vender. Tiene otra plaza tan grande como dos veces la ciudad de Salamanca, toda cercada de portales alrededor, donde hay cotidianamente arriba de sesenta mil ánimas comprando y vendiendo; donde hay todos los géneros de mercaderías que en todas las tierras se hallan, así de mantenimientos como de vituallas, joyas de oro y plata, de plomo, de latón, de cobre, de estaño, de piedras, de huesos, de conchas, de caracoles y de plumas. Véndese cal, piedra labrada y por labrar, adobes, ladrillos, madera labrada y por labrar de diversas maneras. Hay calle de caza donde venden todos los linajes de aves que hay en la tierra, así como gallinas, perdices, codornices, lavancos, dorales, zarcetas, tórtolas, palomas, pajaritos en cañuela, papagayos, búharos, águilas, halcones, gavilanes y cernícalos; y de algunas de estas aves de rapiña, venden los cueros con su pluma y cabezas y pico y uñas.

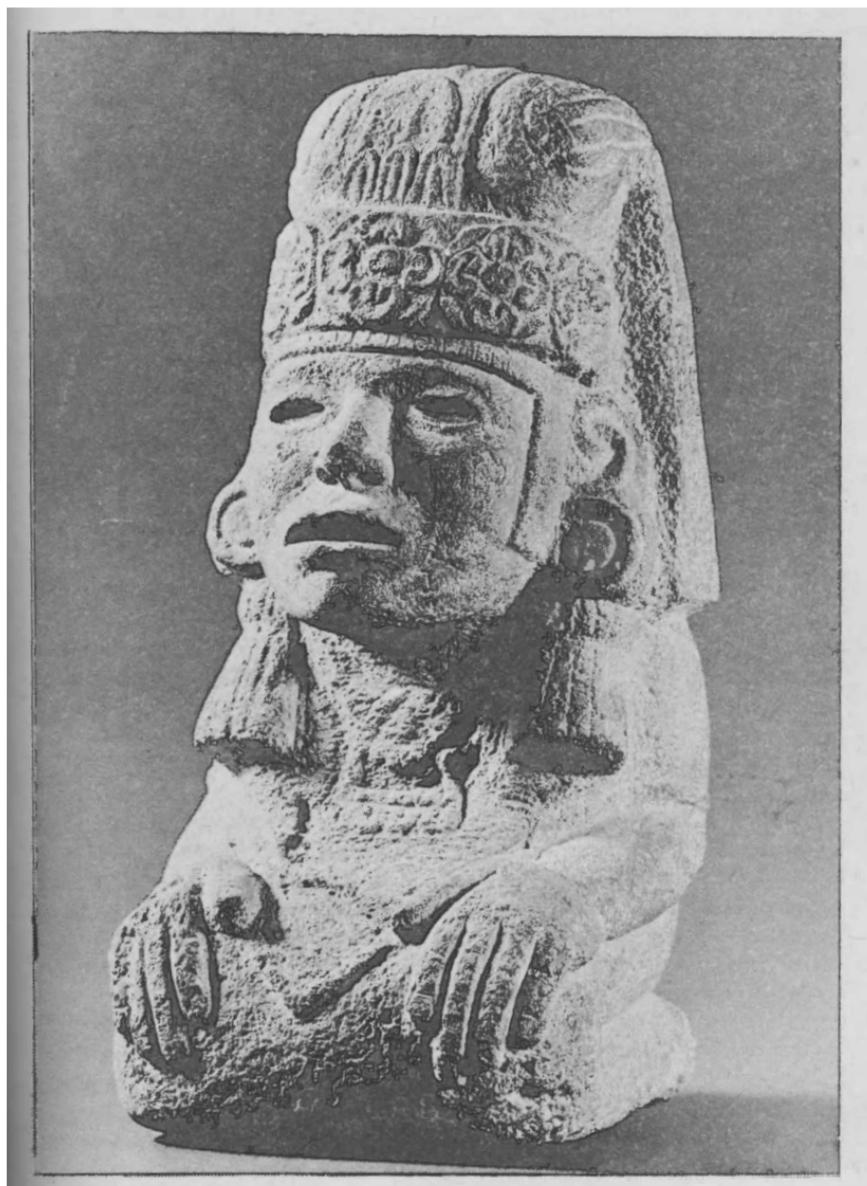
Venden conejos, liebres, venados y perros pequeños, que crían para comer, castrados. Hay calle de herbolarios, donde hay todas las raíces y hierbas medicinales que en la tierra se hallan. Hay casas como de boticarios donde se venden las medicinas hechas, así potables como unguentos y emplastos. Hay casas como de barberos, donde lavan y rapan las cabezas. Hay casas donde dan de comer y beber por precio. Hay hombres como los que llaman en Castilla ganapanes, para traer cargas. Hay mucha leña, carbón, braseros de barro y esteras de muchas maneras para camas, y otras más delgadas para asiento y esteras salas y cámaras. Hay todas las maneras de verduras que se hallan, especialmente cebollas, puerros, ajos, mastuerzo, berros, borrajas, acederas y cardos y tagarninas. Hay frutas de muchas maneras, en que hay cerezas y ciruelas, que son semejables a las de España. Venden miel de abejas y cera y miel de cañas de maíz, que son tan melosas y dulces como las de azúcar, y miel de unas plantas que llaman en las otras islas maguey, que es muy mejor que arrope, y de estas plantas hacen azúcar y vino, que asimismo venden. Hay a vender muchas maneras de hilados de algodón de todos colores, en sus madejicas, que parece propiamente alcaicería de Granada en las sedas, aunque esto otro es en mucha más cantidad. Venden colores para pintores, cuantos se pueden hallar en España, y de tan excelentes matices cuanto pueden ser. Venden

cueros de venado con pelo y sin él, teñidos blancos y de diversos colores. Venden mucha loza en gran manera muy buena, venden muchas vasijas de tinajas grandes y pequeñas, jarros, ollas, ladrillos y otras infinitas maneras de vasijas, todas de singular barro, todas o las más, vidriadas y pintadas.

Venden mucho maíz en grano y en pan, lo cual hace mucha ventaja, así en el grano como en el sabor, a todo lo de las otras islas y tierra firme. Venden pasteles de aves y empanadas de pescados. Venden mucho pescado fresco y salado, crudo y guisado. Venden huevos de gallinas y de ánsares, y de todas las otras aves que he dicho, en gran cantidad; venden tortillas de huevos hechas. Finalmente, que en los dichos mercados se venden todas cuantas cosas se hallan en toda la tierra, que demás de las que he dicho, son tantas y de tantas calidades, que por la prolijidad y por no me ocurrir tantas a la memoria, y aun por no saber poner los nombres, no las expreso. Cada género de mercaduría se vende en su calle, sin que entremetan otra mercaduría ninguna, y en esto tienen mucha orden. Todo se vende por cuenta y medida, excepto que hasta ahora no se ha visto vender cosa alguna por peso.

Hay en esta gran plaza una gran casa modo de audiencia, donde están siempre sentadas diez o doce personas que son jueces y libran todos los casos y cosas que en el dicho mercado acaecen, y mandan castigar los delincuentes. Hay en la dicha plaza otras personas que andan continuo entre la gente, mirando lo que se vende y las medidas con que miden lo que venden; y se ha visto quebrar alguna que estaba falsa.

Hay en esta gran ciudad muchas mezquitas o casas de sus ídolos de muy hermosos edificios, por las colaciones y barrios de ella, y en las principales de ella hay personas religiosas de su secta, que residen continuamente en ellas, para los cuales, demás de las casas donde tienen los ídolos, hay buenos aposentos. Todos estos religiosos visten de negro y nunca cortan el cabello, ni lo peinan desde que entran en la región hasta que salen, y todos los hijos de las personas principales, así señores como ciudadanos honrados, están en aquellas religiones y hábito desde edad de siete u ocho años hasta que los sacan para los casar, y esto más acaece en los primogénitos que han de heredar las casas, que en los otros. No tienen acceso a mujer ni entra ninguna en las dichas casas de religión. Tienen abstinencia en no comer ciertos manjares, y más en algunos tiempos del año que no en los otros; y entre estas mezquitas hay una que es la principal, que no hay lengua humana que sepa explicar la grandeza y particularidades de ella, porque es tan grande que dentro del circuito de ella, que es todo cercado de muro muy alto, se podía muy bien hacer una villa de quinientos vecinos; tiene dentro de este circuito, todo a la redonda, muy gentiles aposentos en que hay muy gran-



Mujer azteca de noble linaje. Museo Nacional de Antropología.

des salas y corredores donde se aposentan los religiosos que allí están. Hay bien cuarenta torres muy altas y bien obradas, que la mayor tiene cincuenta escalones para subir al cuerpo de la torre; la más principal es más alta que la torre de la iglesia mayor de Sevilla. Son tan bien labradas, así de cantería como de madera, que no pueden ser mejor hechas ni labradas en ninguna parte, porque toda la cantería de dentro de las capillas donde tienen los ídolos, es de imaginería y zaquizamies, y el maderamiento es todo de masonería y muy pintado de cosas de monstruos y otras figuras y labores. Todas estas torres son enterramiento de señores, y las capillas que en ellas tienen son dedicadas cada una a su ídolo, a que tienen devoción.

Hay tres salas dentro de esta gran mezquita, donde están los principales ídolos, de maravillosa grandeza y altura, y de muchas labores y figuras esculpidas, así en la cantería como en el maderamiento, y dentro de estas salas están otras capillas que las puertas por do entran a ellas son muy pequeñas, y ellas asimismo no tienen claridad alguna, y allí no están sino aquellos religiosos, y no todos, y dentro de éstas están los bultos y figuras de los ídolos, aunque, como he dicho, de fuera hay también muchos. Los más principales de estos ídolos, y en quien ellos más fe y creencia tenían, derroqué de sus sillas y los hice hechar por las escaleras abajo e hice limpiar aquellas capillas donde los tenían, porque todas estaban llenas de sangre que sacrifican, y puse en ellas imágenes de Nuestra Señora y de otros santos, que no poco el dicho Mutezuma y los naturales sintieron; los cuales primero me dijeron que no lo hiciese, porque si se sabía por las comunidades se levantarían contra mí, porque tenían que aquellos ídolos les daban todos los bienes temporales, y que dejándolos maltratar, se enojarían y no les darían nada, y les sacarían los frutos de la tierra y moriría la gente de hambre. Yo les hice entender con las lenguas cuán engañados estaban en tener su esperanza en aquellos ídolos, que eran hechos por sus manos, de cosas no limpias, y que habían de saber que había un solo Dios, universal Señor de todos, el cual había criado el cielo y la tierra y todas las cosas, y que hizo a ellos y a nosotros, y que Este era sin principio e inmortal, y que a El habían de adorar y creer y a no a otra criatura ni cosa alguna, y les dije todo lo demás que yo en este caso supe, para los desviar de sus idolatrías y atraer al conocimiento de Dios Nuestro Señor; y todos, en especial el dicho Mutezuma, me respondieron que ya me habían dicho que ellos no eran naturales de esta tierra, y que había muchos tiempos que sus predecesores habían venido a ella, y que bien creían que podrían estar errados en algo de aquello que tenían, por haber tanto tiempo que salieron de su naturaleza, y que yo, como más nuevamente venido, sabría las cosas que debían tener y creer mejor que no ellos; que se las dijese e hiciese entender,

que ellos harían lo que yo les dijese que era lo mejor. Y el dicho Mutezuma y muchos de los principales de la ciudad dicha, estuvieron conmigo hasta quitar los ídolos y limpiar las capillas y poner las imágenes, y todo con alegre semblante, y les defendí que no matasen criaturas a los ídolos, como acostumbran, porque, demás de ser muy aborrecible a Dios, vuestra sacra majestad por sus leyes lo prohíbe, y manda que el que matare lo maten. Y de ahí adelante se apartaron de ello, y en todo el tiempo que yo estuve en la dicha ciudad, nunca se vio matar ni sacrificar criatura alguna.

Los bultos y cuerpos de los ídolos en quien estas gentes creen, son de muy mayores estaturas que el cuerpo de un gran hombre. Son hechos de masa de todas las semillas y legumbres que ellos comen, molidas y mezcladas unas con otras, y amásanlas con sangre de corazones de cuerpos humanos, los cuales abren por los pechos, vivos, y les sacan el corazón, y de aquella sangre que sale de él, amasan aquella harina, y así hacen tanta cantidad cuanta basta para hacer aquellas estatuas grandes. Y también, después de hechas, les ofrecían más corazones, que asimismo les sacrificaban, y les untaban las caras con la sangre. Y a cada cosa tienen su ídolo dedicado, al uso de los gentiles, que antiguamente honraban a sus dioses. Por manera que para pedir favor para la guerra tienen un ídolo, y para sus labranzas otro, y así para cada cosa de las que ellos quieren o desean que se hagan bien, tienen sus ídolos a quien honran y sirven.

Hay en esta gran ciudad muchas casas muy buenas y muy grandes, y la causa de haber tantas casas principales es que todos los señores de la tierra, vasallos del dicho Mutezuma, tienen sus casas en la dicha ciudad y residen en ella cierto tiempo del año, y demás de esto hay en ella muchos ciudadanos ricos que tienen asimismo muy buenas casas. Todos ellos, demás de tener muy grandes y buenos aposentamientos, tienen muy gentiles vergeles de flores de diversas maneras, así en los aposentamientos altos como bajos. Por la una calzada que a esta gran ciudad entra vienen dos caños de argamasa, tan anchos como dos pasos cada uno, y tan altos como un estado, y por el uno de ellos viene un golpe de agua dulce muy buena, del gordor de un cuerpo de hombre, que va a dar al cuerpo de la ciudad, de que se sirven y beben todos. El otro, que va vacío, es para cuando quieren limpiar el otro caño, porque echan por allí el agua en tanto que se limpia; y el agua ha de pasar por los puentes a causa de las quebradas por do atraviesa el agua salada, echan la dulce por unas canales gruesas como un buey, que son de la longura de las dichas puentes, y así se sirve la ciudad.

Traen a vender el agua por canoas por todas las calles, y la manera de como la toman del caño es que llegan las canoas debajo de las puentes, por do están las canales, y de allí hay

hombres en lo alto que hinchen las canoas, y les pagan por ello su trabajo. En todas las entradas de la ciudad, y en las partes donde descargan las canoas, que es donde viene la más cantidad de los mantenimientos que entran en la ciudad, hay chozas hechas donde están personas por guardas y que reciben *certum quid* de cada cosa que entra. Esto no sé si lo lleva el señor o si es propio para la ciudad, porque hasta ahora no lo he alcanzado; pero creo que para el señor, porque en otros mercados de otras provincias se ha visto coger aquel derecho para el señor de ellas. Hay en todos los mercados y lugares públicos de la dicha ciudad, todos los días, muchas personas, trabajadores y maestros de todos oficios, esperando quien los alquile por sus jornales.

La gente de esta ciudad es de más manera y primor en su vestir y servicio que no la otra de estas otras provincias y ciudades, porque como allí estaba siempre este señor Mutezuma, y todos los señores sus vasallos ocurrían siempre a la ciudad, había en ellas más manera y policía en todas las cosas. Y por no ser más prolijo en la relación de las cosas de esta gran ciudad, aunque no acabaría tan aína, no quiero decir más sino que en su servicio y trato de la gente de ella hay la manera casi de vivir que en España, y con tanto concierto y orden como allá, y que considerando esta gente ser bárbara y tan apartada del conocimiento de Dios y de la comunicación de otras naciones de razón, es cosa admirable ver la que tienen en todas las cosas.

b) *Un testimonio de Bernal Díaz del Castillo*¹⁸

Al igual que las clásicas páginas que escribió Bernal Díaz del Castillo sobre el tianguis o mercado de Tlatelolco, son de sumo interés las noticias que incluyó en su Historia acerca del que llamó “el gran cu de Uichilobos”, en el recinto del templo mayor de México. Mezcla de admiración y de no velada repugnancia había en los recuerdos del que quiso poner por escrito aquello que con sus propios ojos había contemplado. Conviene destacar, como asunto de particular interés, la consideración que hace Bernal para explicar cómo supo que, en los cimientos del gran templo, había oro, plata y piedras preciosas. Destruída la ciudad, nos dice, tras la derrota final de los aztecas, al repartirse los solares para las nuevas edificaciones, se hicieron excavaciones y

¹⁸ Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, introducción y notas de Joaquín Ramírez Cabañas, 2 vols., México, Editorial Porrúa, 1955, t. I, capítulo XCII, pp. 280-284.

entonces salió a luz no poco de lo que ocultaban los templos y monumentos indígenas.

Y así como llegamos salió Montezuma de un adoratorio, adonde estaban sus malditos ídolos, que era en lo alto del gran *cu*, y vinieron con él dos *papas*, y con mucho acato que hicieron a Cortés y a todos nosotros, le dijo: “Cansado estaréis, señor Malinche, de subir a este nuestro gran templo.” Y Cortés le dijo con nuestras lenguas, que iban con nosotros, que él ni nosotros no nos cansábamos en cosa ninguna. Y luego le tomó por la mano y le dijo que mirase su gran ciudad y todas las más ciudades que había dentro en el agua, y otros muchos pueblos alrededor de la misma laguna, en tierra; y que si no había visto muy bien su gran plaza, que desde allí la podría ver muy mejor, y así lo estuvimos mirando, porque desde aquel grande y maldito templo estaba tan alto que todo lo señoreaba muy bien; y de allí vimos las tres calzadas que entran en México, que es la de Iztapalapa, que fue por la que entramos cuatro días había, y la de Tacuba, que fue por donde después salimos huyendo la noche de nuestro gran desbarate, cuando Cuedlabaca, nuevo señor, nos echó de la ciudad, como adelante diremos, y la de Tepeaquilla. Y veíamos el agua dulce que venía de Chapultepec, de que se proveía la ciudad, y en aquellas tres calzadas, las puentes que tenía hechas de trecho a trecho, por donde entraba y salía el agua de la laguna de una parte a otra; y veíamos en aquella gran laguna tanta multitud de canoas, unas que venían con bastimentos y otras que volvían con cargas y mercaderías; y veíamos que cada casa de aquella gran ciudad, y de todas las más ciudades que estaban pobladas en el agua, de casa a casa no se pasaba sino por unas puentes levadizas que tenían hechas de madera, o en canoas; y veíamos en aquellas ciudades *cúes* y adoratorios a manera de torres y fortalezas, y todas blanqueando, que era cosa de admiración, y las casas de azoteas, y en las calzadas otras torrecillas y adoratorios que eran como fortalezas. Y después de bien mirado y considerado todo lo que habíamos visto, tornamos a ver la gran plaza y la multitud de gente que en ella había, unos comprando y otros vendiendo, que solamente el rumor y zumbido de las voces y palabras que allí había sonaba más que de una legua, y entre nosotros hubo soldados que habían estado en muchas partes del mundo, y en Constantinopla, y en toda Italia y Roma, y dijeron que plaza tan bien compasada y con tanto concierto y tamaña y llena de tanta gente no la habían visto.

Dejemos esto y volvamos a nuestro capitán, que dijo a fray Bartolomé de Olmedo, ya otras veces por mí memorado, que allí se halló: “Paréceme, señor Padre, que será bien que demos un tiento a Montezuma sobre que nos deje hacer aquí nuestra iglesia.” Y el Padre dijo que será bien, si aprovechase: mas que le parecía que no era cosa convenible hablar en tal tiempo; que no veía a Montezuma de arte que en tal cosa concediese. Y luego nuestro Cortés dijo a Montezuma, con doña Marina, la lengua: “Muy gran señor es vuestra merced, y de mucho más es merecedor; hemos holgado de ver vuestras ciudades; lo que os pido por merced, que pues que estamos aquí, en vuestro templo, que nos mostréis vuestros dioses y *teules*.” Y Montezuma dijo que primero hablaría con sus grandes *papas*. Y luego que con ellos hubo hablado dijo que entrásemos en una torrecilla y apartamento a manera de sala, donde estaban dos como altares, con muy ricas tablazones encima del techo, y en cada altar estaban dos bultos, como de gigante, de muy altos cuerpos y muy gordos, y el primero, que estaba a mano derecha, decían que era el de Uichilobos, su dios de la guerra, y tenía la cara y rostro muy ancho y los ojos disformes y espantables; en todo el cuerpo tanta de la pedrería y oro y perlas y aljófar pegado con engrudo, que hacen en esta tierra de unas como raíces, que todo el cuerpo y cabeza estaba lleno de ello, y ceñido el cuerpo unas a manera de grandes culebras hechas de oro y pedrería, y en una mano tenía un arco y en otra unas flechas. Y otro ídolo pequeño que allí junto a él estaba, que decían que era su paje, le tenía una lanza no larga y una rodela muy rica de oro y pedrería; y tenía puesto al cuello el Uichilobos unas caras de indios y otros como corazones de los mismos indios, y éstos de oro y de ellos de plata, con mucha pedrería azules; y estaban allí unos braseros con incienso, que es su copal, y con tres corazones de indios que aquel día habían sacrificado y se quemaban, y con el humo y copal le habían hecho aquel sacrificio. Y estaban todas las paredes de aquel adoratorio tan bañado y negro de costras de sangre, y asimismo el suelo, que todo hedía muy malamente. Luego vimos a otra parte, de la mano izquierda, estar el otro gran bulto del altor de Uichilobos, y tenía un rostro como de oso, y unos ojos que le relumbraban, hechos de sus espejos, que se dice *tezcal*, y el cuerpo con ricas piedras pegadas según y de la manera del otro su Uichilobos, porque, según decían, entrambos eran hermanos, y este Tezcatepuca era el dios de los infiernos, y tenía cargo de las ánimas de los mexicanos, y tenía ceñido el cuerpo con unas figuras como diablillos chicos y las colas de ellos como sierpes, y tenía en las paredes tantas costras de sangre y el suelo todo bañado de ello, como en los mataderos de Castilla no había tanto hedor. Y allí le tenían presentado cinco corazones de aquel

día sacrificados, y en lo alto de todo el *cu* estaba otra concavidad muy ricamente labrada la madera de ella, y estaba otro bulto como de medio hombre y medio lagarto, todo lleno de piedras ricas y la mitad de él enmantado. Este decían que el cuerpo de él estaba lleno de todas las semillas que había en toda la tierra, y decían que era el dios de las sementeras y frutas; no se me acuerda el nombre, y todo estaba lleno de sangre, así paredes como altar, y era tanto el hedor, que no veíamos la hora de salirnos afuera. Y allí tenían un atambor muy grande en demasía, que cuando le tañían el sonido de él era tan triste y de tal manera como dicen instrumento de los infiernos, y más de dos leguas de allí se oía; decían que los cueros de aquel atambor eran de sierpes muy grandes.

Y en aquella placeta tenían tantas cosas muy diabólicas de ver, de bocinas y trompetillas y navajones, y muchos corazones de indios que habían quemado, con que sahumaban a aquellos sus ídolos, y todo cuajado de sangre. Tenían tanto, que los doy a la maldición; y como todo hedía a carnicería, no veíamos la hora de quitarnos de tal mal hedor y peor vista. Y nuestro capitán dijo a Montezuma, con nuestra lengua, como medio riendo: “Señor Montezuma: no sé yo cómo un tan gran señor y sabio varón como vuestra merced es, no haya colegido en su pensamiento cómo no son estos vuestros ídolos dioses, sino cosas malas, que se llaman diablos, y para que vuestra merced lo conozca y todos sus *papas* lo vean claro, hacedme una merced: que hayáis por bien que en lo alto de esta torre pongamos una cruz, y en una parte de estos adoratorios, donde están vuestros Uichilobos y Tezcatepuca, haremos un aparato donde pongamos una imagen de Nuestra Señora (la cual imagen ya Montezuma la había visto), y veréis el temor que de ello tienen esos ídolos que os tienen engañados.” Y Montezuma respondió medio enojado, y dos *papas* que con él estaban mostraron malas señales, y dijo: “Señor Malinche: si tal deshonor como has dicho creyera que habías de decir, no te mostrara mis dioses. Estos tenemos por muy buenos, y ellos nos dan salud y aguas y buenas sementeras y temporales y victorias cuantas queremos; y tenemoslos de adorar y sacrificar; lo que os ruego es que no se diga otras palabras en su deshonor.” Y desde que aquello le oyó nuestro capitán y tan alterado, no le replicó más en ello, y con cara alegre le dijo: “Hora es que vuestra merced y nosotros nos vamos.” Y Montezuma respondió que era bien; y que porque él tenía que rezar y hacer cierto sacrificio en recompensa del gran *tatacul*, que quiere decir pecado, que había hecho en dejarnos subir en su gran *cu*, y ser causa de que nos dejase ver a sus dioses, y del deshonor que les hicimos en decir mal de ellos, que antes que se fuese lo había de rezar y adorar. Y Cortés le dijo: “Pues que así es, perdone, señor.”

Y luego nos bajamos las gradas abajo, y como eran ciento y catorce y algunos de nuestros soldados estaban malos de bubas o humores, les dolieron los muslos del bajar. Y dejaré de hablar de su adoratorio y diré lo que me parece del circuito y manera que tenía, y si no lo dijere tan al natural como era, no se maravillen, porque en aquel tiempo tenía otro pensamiento de entender en lo que traíamos entre manos, que es en lo militar y en lo que mi capitán me mandaba, y no en hacer relaciones. Volvamos a nuestra materia. Paréceme que el circuito del gran *cu* sería de seis muy grandes solares de los que dan en esta tierra, y desde abajo hasta arriba, adonde estaba una torrecilla, y allí estaban sus ídolos, va estrechando, y en medio del alto *cu*, hasta lo más alto de él, van cinco concavidades a manera de barbacanas y descubiertas, sin mamparos. Y porque hay muchos *cúes* pintados en reposteros de conquistadores, y en uno que yo tengo, que cualquiera de ellos a quien los han visto podría colegir la manera que tenían por de fuera; mas no lo que yo vi y entendí, y de ello hubo fama en aquellos tiempos que fundaron aquel gran *cu*, en el cimientto de él habían ofrecido de todos los vecinos de aquella gran ciudad oro y plata y aljófár y piedras ricas, y que le habían bañado con mucha sangre de indios que sacrificaron, que habían tomado en las guerras, y de toda manera de diversidad de semillas que había en toda la tierra, porque les diesen sus ídolos victorias y riquezas y muchos frutos.

Dirán ahora algunos lectores muy curiosos que cómo pudimos alcanzar a saber que en cimientto de aquel gran *cu* echaron oro y plata y piedras de *chalchiuis* ricas y semillas, y lo rociaban con sangre humana de indios que sacrificaban, habiendo sobre mil años que se fabricó y se hizo. A esto doy por respuesta que después que ganamos aquella fuerte y gran ciudad y se repartieron los solares, que luego propusimos que en aquel gran *cu* habíamos de hacer la iglesia de nuestro patrón y guiador Señor Santiago, y cupo mucha parte de la del solar del alto *cu* para el solar de la santa iglesia de aquel *cu* de Uichilobos, y cuando abrían los cimienttos para hacerlos más fijos, hallaron mucho oro y plata y *chalchiuis* y perlas y aljófár y otras piedras; y asimismo a un vecino de México, que le cupo otra parte del mismo solar, halló lo mismo, y los oficiales de la Hacienda de Su Majestad lo demandaban por de Su Majestad, que les venía de derecho, y sobre ello hubo pleito, y no se me acuerda lo que pasó, mas que se informaron de los caciques y principales de México y [de] Guatemuz, que entonces era vivo, y dijeron que es verdad que todos los vecinos de México de aquel tiempo echaron en los cimienttos aquellas joyas y todo lo demás, y que así lo tenían por memoria en sus libros y pinturas de cosas antiguas, y por esta causa aquella riqueza se quedó para la obra de la santa iglesia de Señor Santiago.



c) *Un testimonio de la Relación de Andrés de Tapia*¹⁹

A éste, que fue capitán en las huestes de Cortés, debemos una breve relación que comprende, desde la salida de la isla de Cuba hasta el momento de la llegada y prisión del enviado de Diego Velázquez, Pánfilo de Narváez. Las páginas que aquí se ofrecen tratan igualmente de lo que en el templo mayor contemplaron los que habían sido recibidos, en calidad de huéspedes, por Motecuhzoma. A Andrés de Tapia interesaron no sólo la grandeza de las edificaciones sino también las formas de culto que allí tenían lugar.

El patio de los ídolos era tan grande que bastaba para casas de cuatrocientos vecinos españoles. En medio dél había una torre que tenía ciento y trece gradas de a más de palmo cada una, e esto era macizo, e encima dos casas de más altura que pica y media, e aquí estaba el ídolo principal de toda la tierra, que era hecho de todo género de semillas, cuantas se pueden haber, e estas molidas e amasadas con sangre de niños e niñas vírgenes, a los cuales mataban abriéndolos por los pechos e sacándoles el corazón e por allí la sangre, e con ella e las semillas hacían cantidad de masa más gruesa que un hombre e tan alta e con sus ceremonias metían por la masa muchas joyas de oro de las que ellos en sus fiestas acostumbraban a traer cuando se ponían muy de fiesta; e ataban esta masa con mantas muy delgadas e hacían desta manera un bulto; e luego hacían cierta agua con ceremonias, la cual con esta masa la metían dentro en esta casa que sobre esta torre estaba, e dicen que desta agua daban a beber al que hacían capitán general cuando lo eligían para alguna guerra o cosa de mucha importancia. Esto metían entre la postrer pared de la torre e otra que estaba delante, e no dejaban entrada alguna, antes pareciera no haber allí algo. De fuera de este hueco estaban dos ídolos sobre dos basas de piedra grande, de altura las basas de una vara de medir, e sobre estas dos ídolos de altura de casi tres varas de medir, cada uno; serían de gordura de un buey, cada uno: eran de piedra de grano bruñida, e sobre la piedra cubiertos de nácar, que es conchas en que las perlas se crían, e sobre este nácar pegado con betún, a manera de engrudo, muchas joyas de

¹⁹ “Relación de Andrés de Tapia”, *Crónicas de la conquista de México*, Introducción, selección y notas de Agustín Yáñez, México, Biblioteca del Estudiante Universitario, Universidad Nacional, 1950, pp. 69-71.

oro, e hombres e culebras e aves e historiãas hechas de turquesas pequeñas e grandes, e de esmeraldas, e de amatistas, por manera que todo el nácar estaba cubierto, excepto en algunas partes donde lo dejaban para que hiciese labor con las piedras. Tenían estos ídolos unas culebras gordas de oro ceñidas, e por collares cada diez o doce corazones de hombre, hechos de oro, e por rostro una máscara de oro, e ojos de espejo, e tinie otro rostro en el colodrillo, como cabeza de hombre sin carne. Habie más de cinco mill hombres para el servicio deste ídolo: eran en ello unos más preeminentes que otros, así en oficio como en vestiduras; tenían su mayor a quien obedecían grandemente, e a este así Muteczuma como todos los demás señores lo tinien en gran veneración. Levantábanse al sacrificio a las doce de la noche en punto: el sacrificio era verter sangre de la lengua e de los brazos e de los muslos, unas veces de una parte y otras de otra, e mojar pajas en la sangre, e la sangre e las pajas ofrecien ante un muy grand fuego de leña de robre, e luego salían a echar encienso a la torre del ídolo. Estaban frontero de esta torre sesenta o setenta vigas muy altas, hincadas, desviadas de la torre cuanto un tiro de ballesta, puestas sobre un teatro grande, hecho de cal e piedra, e por las gradas dél muchas cabezas de muertos pegadas con cal, e los dientes hacia afuera. Estaba de un cabo e de otro destas vigas dos torres hechas de cal e de cabezas de muertos, sin otra alguna piedra, e los dientes hacia fuera, en lo que se pudie parecer, e las vigas apartadas una de otra poco menos una vara de medir, e desde lo alto dellas fasta abajo puestos palos cuan espesos cabien e en cada palo cinco cabezas de muerto ensartadas por las sienes en el dicho palo: e quien esto escribe, y un Gonzalo de Umbría, contaron los palos que habie, e multiplicando a cinco cabezas cada palo de los que entre viga y viga estaban. como dicho he, hallamos haber ciento treinta y seis mill cabezas. sin las de las torres. Este patio tenía cuatro puertas; en cada puerta un aposento grande, alto, lleno de armas; las puertas estaban a Levante y a Poniente, y al Norte y al Sur.

d) *El testimonio de Francisco de Aguilar*²⁰

Francisco de Aguilar, que luchó en la conquista al lado de Cortés, llegó a profesar, después de varios años, como fraile dominico. A él se debe una breve crónica que se conservó con el título de Historia de la Nueva España. En su libro, dividido en ocho

²⁰ Fray Francisco de Aguilar, *Historia de la Nueva España*, edición preparada por Alfonso Teja Zabre, México, ediciones Botas, 1938, pp. 98-100.

jornadas, trata desde la partida de la isla de Cuba hasta la toma de la ciudad de México. Tan sólo de manera escueta menciona algunos otros sucesos posteriores como la salida de Cortés a las Hibueras y la actuación de Nuño de Guzmán en la Nueva Galicia.

El conquistador, que se había convertido en fraile, dedicó también algunas páginas a describir los ritos y formas de adoración de los antiguos mexicanos. Aquí se transcriben los párrafos finales de su obra en los que trata de este tema.

Quiero contar y decir un poco de lo mucho que vi, de las maneras que aquesta gente tenía en adorar y reverenciar a sus dioses, y sus ritos.

Digo, pues, que yo desde muchacho y niño me ocupé en leer y pasar muchas historias y antigüedades persas, griegas, romanas. También he leído los ritos que había en la India de Portugal, y digo cierto que en ninguno de estos he leído ni visto tan abominable modo y manera de servicio y adoración como era las que aquestos hacían al demonio; y para mí tengo que no hubo reino en el mundo donde Dios Nro. Señor fuese tan deservido, y adonde mas se ofendiese que en aquesta tierra, y adonde el demonio fuese tan reverenciado y honrado. Tenían aquestos naturales templos muy grandes, todos cercados con grandes almenas, y en otros tenían aquesta cerca de leños, uno sobre otros, todo en circuito, y de allí ponían fuego y sacrificaban. Tenían grandes torres y encima una casa de oración, y a la entrada de la puerta, un poco antes, tenían puesta una piedra baja, hasta la rodilla, en donde a mujeres o a hombres que hacían sacrificios a sus dioses, les echaban de espaldas, y ellos mismos se estaban quedos, adonde salía un sacerdote con un navajón de piedra que casi no cortaba nada, hecho a manera de hierro de lanza, y luego con aquella navaja le abría por la parte del corazón y se lo sacaba, sin que la persona que era sacrificada dijese palabra; y luego al que o a la que era, así muertos los arrojaban por las escaleras abajo, y lo tomaban y hacían pedazos con gran crueldad, y lo asaban en hornillos y lo comían por manjar muy suave, y de esta manera hacían sacrificios a sus dioses. El dicho sacerdote tomaba el corazón en la mano y entraba en la casa de oración, donde estaban puestos ídolos así de piedra como de madera, con su altar; y de esta manera, con la mano ensangrentaba a sus ídolos y a las esquinas de la dicha casa de oración, y luego salía al oriente donde salía el sol, y hacía lo mismo: volvíase también al occiden-

te, y septentrión y medio día, y hacía lo mismo. Aquestos sacerdotes hacían grandísima penitencia, porque se sangraban de la lengua, y de sus brazos y piernas, y de lo que Dios les dió, hasta desangrarse, y con esta sangre sacrificaban a sus dioses. Andaban muy sucios, tiznados, y muy marchitos y consumidos en los rostros. Traían unos cabellos muy largos hasta abajo, trenzados, que se cubrían con ellos, y así andaban cargados de piojos. No podían llegar a mujeres, porque luego eran muertos por ello. Andaban de noche como estantiguas, en romerías, en cerros, donde tenían sus cues y ídolos, y donde habían casas de su oración.

Toda la gente, así principal como plebeya que entraban a hacer oración a sus dioses, antes que entrasen, en los patios se descalzaban los cacles; y a la puerta de las iglesias todos ellos se sentaban de cloquillas, y con grandísima reverencia estaban sollozando, llorando y pidiendo perdón de sus pecados. Las mujeres traían pancajetes de carne de aves. Traían también frutas, papel de la tierra, y allí unas pinturas. Tengo para mí que pintaban allí sus pecados. Era tan grande el silencio, y el sollozar y llorar, que me ponían espanto y temor. Y ahora, por nuestros pecados, ya siendo cristianos vienen a las iglesias casi todos o muchos de ellos por fuerza, y con muy poca reverencia y temor, hablando y hablando, y al mejor tiempo de la misa saliéndose de ella y del sermón. Por manera que en sus tiempos había gran rigor sobre guardar la honra y ceremonias de sus dioses, y ahora no tienen miedo, ni temor, ni vergüenza. Pudiera decir muchas particularidades y cosas de aquestos; pero por no ser prolijo y porque basta lo dicho, dejo de decirlo.

e) *Un testimonio del Conquistador anónimo* ²¹

Al parecer fue Clavijero el primero en llamar, “Conquistador anónimo” al autor de una breve relación que había sido publicada, traducida al italiano, en la obra Delle navigationi et viaggi, por Juan Bautista Ramusio, en Venecia, 1565. Hasta el presente, no ha podido precisarse quién fue realmente el que escribió esta crónica. Se considera, sin embargo, que hay fundamento para atribuirle a un soldado, compañero de Cortés en la conquista de México.

Más que recordación de acontecimientos el Conquistador anónimo ofrece en su trabajo una descripción de las muchas

²¹ Conquistador anónimo, *Relación de las cosas de la Nueva España y de la gran ciudad de Temestitán, México*, escrita por un compañero de Hernán Cortés, México, Editorial América, 1941, pp. 28-30.

cosas que afirma haber visto en la que después se llamó “tierra de la Nueva España”. Aquí se incluyen los párrafos en que trata de “las comidas que tenían y usaban” los antiguos mexicanos.

El grano con que hacen el pan es a modo de garbanzo, y lo hay blanco, encarnado, negro y bermejo. Sembrado produce una caña alta como media pica, que echa dos o tres mazorcas, donde está el grano como en el panizo. Para hacer el pan toman una olla grande en que caben cuatro o cinco cántaros de agua, y le ponen fuego debajo hasta que el agua hierve. Entonces retiran el fuego, echan dentro el grano que ellos llaman Tayul y encima añaden un poco de cal para que suelte el hollejo que lo cubre. A otro día, o bien a las tres o cuatro horas cuando ya se ha enfriado, lo lavan muy bien en el río o en las casas con muchas aguas, de manera que viene a quedar muy limpio de toda la cal, y luego lo machacan en unas piedras hechas a propósito. Conforme lo van machacando le echan agua y se va haciendo una pasta, y así moliéndolo y amasándolo a un tiempo, hacen el pan. Lo ponen a cocer en unas como cazuelas grandes, poco mayores que una criba, y según se cuece el pan lo van comiendo, porque es mucho mejor caliente que frío. Tienen también otro modo de prepararlo, y es que hacen unos bollos de aquella masa, los envuelven en hojas, y poniéndolos en una olla grande con alguna agua, los cubren muy bien, de suerte que con el calor y con tenerlos tapados se cuecen. También los guisan en sartenes, con otras cosas que acostumbran comer. Crían muchas gallinas grandes a modo de pavos, muy sabrosas; hay crecido número de codornices, de cuatro o cinco especies, y algunas de ellas son como perdices. También tienen ánades y patos de muchas clases, así domésticos como silvestres, de cuyas plumas hacen sus vestidos para las guerras y fiestas: usan estas plumas para muchas cosas, porque son de diversos colores, y todos los años las quitan a estas aves. Hay también papagayos grandes y pequeños, que los tienen en las casas, y de sus plumas asimismo se aprovechan. Matan para comer un crecido número de ciervos, corzos, liebres y conejos, de que hay gran cantidad en muchas partes. Cultivan diversidad de plantas y hortalizas, a que son muy aficionados, y las comen tanto crudas como en varios guisos. Tienen una como pimienta para condimentar, que llaman chile, y no comen cosa alguna sin ella. Es gente que con muy poco mantenimiento vive, y la que menos come de cuantas hay en el mundo. Sólo los señores se



alimentan con gran variedad de viandas, salsas y menestras, tortas y pasteles de todos los animales que tienen, frutas, verduras y pescado, que hay en abundancia. Les disponen todas estas cosas, y se las sirven en platos y escudillas sobre unas esteras de palma muy lindamente labradas, que hay en todos los aposentos, así como sillas para sentarse hechas de diversas maneras, pero tan bajas que no levantan del suelo un palmo. Traen la comida a los señores, juntamente con una toalla de algodón para que se limpien las manos y la boca: los sirven dos o tres maestresalas, y los señores comen de lo que más les agrada, haciendo luego que el sobrante se reparta a los otros señores vasallos suyos que están allí para hacerles corte.